

en ese mismo lugar para repudiar a la dictadura. Apenas un enigma indescifrable más de la política argentina.

Lerman deja en claro que el peronismo, aunque no haya podido llevar a cabo la disposición colosal que había previsto para la Plaza, fue el primero capaz de salir airoso del desafío de borrar los significados heredados para grabar el sitio histórico con la propia fisonomía. La potencia del peronismo logró transmutar el espacio fundacional de la tradición oligárquica —“la línea Mayo-Caseros”, a la que el justicialismo se mostraba antagónica, fue parida en esa misma plaza— en el hábitat natural de expresión política plebeya. Socialistas, anarquistas y comunistas, habían preferido tradicionalmente concentrarse en otros puntos de la ciudad, menos impregnados con la simbología del régimen. A partir de la entrada en escena de Juan Domingo Perón, toda fuerza política emergente sueña con la reedición de la epifanía de la Plaza Llena, el momento hipostático entre un proyecto político y la voluntad popular de la que emanará toda legitimidad posterior.

Durante muchos años, se volvió imposible desligar en la representación social la imagen de la Plaza con la de las populosas jornadas en las que las masas rendían tributo al líder. No fue hasta la aparición de las Madres de Plaza de Mayo que pudo comenzar a desatarse el nudo gordiano que vinculaba al pueblo justicialista con la Plaza. Al desplazar la escena política hacia la esfera mediática, el menemismo aportó su grano de arena a la ruptura del vínculo entre el descamisado, a esta altura una curiosidad etnográfica, y la Plaza. El debut del menemismo tuvo lugar el 6 de abril de 1990. La “Marcha del Sí”, con su concurrencia de atavíos a la moda y un comportamiento pulcro en la antípoda absoluta del “aluvión zoológico”, implicó, como se encarga de destacarlo Lerman, “una oscura despedida del peronismo oficialista de una parte significativa de la vieja liturgia”.

Los noventa fueron una década de aplazamiento de la política. La Plaza estuvo ausente hasta bien entrada la década. Las primeras expresiones de descontento ante la política neoliberal tuvieron lugar en sitios alejados —Salta, Jujuy, Cultral-

Co— que habían sufrido de manera inmediata los efectos del achicamiento del Estado y la recesión económica. Dispersas y puntuales, las protestas sociales tenían escasa resonancia en una Capital nacional que se movía al compás de una modernización dictada por el consumo.

El retorno de la política a la Plaza a fines del 2001, no significó el regreso de un viejo actor que vuelve para hacer valer sus fueros. El pueblo que se hace presente en la noche del 19 de diciembre, no es un dormido sujeto político ahistórico sino que, como señala Lerman al trazar una breve genealogía del “que se vayan todos”, más allá de las señas de parentescos con el 17 de octubre y la revolución del ‘90 lo que prevalecen son sus rasgos novedosos. A partir de aquel momento, la Plaza se convertirá en “un escenario complejo de protesta social, donde alternan organizaciones piqueteras, veteranos de Malvinas, grupos de travestis, vendedores ambulantes, taxistas, recolectores de basura”. El pueblo se disuelve dejando sitio a la reaparición del reclamo sectorial y corporativo: el lobbismo como estrategia de supervivencia.

Setenta años atrás, Ezequiel Martínez Estrada dictaminó que Buenos Aires era la Cabeza de Goliat. Martínez Estrada, que había dedicado un libro anterior al resto de la anatomía del país, se propuso auscultar los males de la nación focalizando su mirada sobre la macrocéfala testa porteña. Más específico, Lerman concentra su análisis sobre la que considera “la frente de Goliat”, una sinécdoque densa en la que se inscriben los síntomas de las febriles dolencias que afectan a la totalidad del cuerpo social. El éxito de la operación delata el sitio supernumerario que, en cuestiones políticas, sigue ocupando el resto de la república. Parafraseando un dicho popular, se podría decir que el pueblo es caprichoso como el mismísimo dios, puesto que al igual que él está en todas partes pero sólo se manifiesta en la Capital.

Ante este pueblo, auténtica bestia negra de las teorías sociológicas, el cientista social se encuentra desarmado como el experto forense ante un cuerpo vivo. Lo que aparece en la Plaza es lo político en su forma pura. Una presencia irreductible a las herramientas conceptuales que encallan

ante cada intento de ser encastradas en el devenir de los acontecimientos. Tal como apunta Eduardo Rinesi en el prólogo, la relevancia de **La Plaza política** reside en haber aceptado el desafío de indagar el terreno en donde mora un “animal político” que promueve la caducidad de los saberes del especialista en ciencias sociales, sin por ello haber abandonado el terreno de la reflexión en beneficio de un discurso celebratorio del fervor popular.

Verónica García Viale
UBA

*A propósito de Alfredo Raúl Pucciarelli (coord.), **Los Años de Alfonsín ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, 510 pp.*

A pesar de su título, el volumen organizado por Alfredo Pucciarelli no se plantea como meta brindar un panorama abarcativo de los años posteriores al Proceso de Reorganización Nacional (PRN); su objetivo es más restringido y en virtud de ello más interesante: entender la época del alfonsinismo como una continuación de la etapa dictatorial y como un preludio del menemismo. De este modo, **Los años de Alfonsín**, puede —y en cierto modo, debe— ser leído como una continuación de dos trabajos anteriores,¹ en los que Pucciarelli, junto a otros investigadores, presentó su hipótesis de trabajo: la idea de que, en 1976, la Argentina se convirtió en escenario de un agudo conflicto de intereses entre distintas fracciones de la burguesía que terminaría cristalizándose en un entramado liberal-corporativo que, a su vez, ya en los ‘80, desvirtuará la democracia idealizada (el poder de la democracia) en una democracia restringida y restrictiva (la democracia del poder).

Los años de Alfonsín se abre con un breve prólogo que resume algunos de los puntos que se van a tratar a lo largo de más de quinientas páginas y con un artículo de Waldo Ansaldi que repasa

1 Nos referimos a Pucciarelli, Alfredo R. (comp.), **Empresarios, tecnócratas y militares**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004) y a Pucciarelli, Alfredo R., **La democracia que tenemos**, Buenos Aires, Libros del Rojas, Serie Extramuros, 2002

esquemáticamente las relaciones entre los gobiernos civiles y el poder militar en la etapa de transición en Bolivia, Brasil y Uruguay. El resto del libro se divide en dos partes, una dedicada a los aspectos político-institucionales, otra concentrada en la problemática económica.

Paula Canelo inaugura la primera parte con un artículo que repasa la lógica de poder en el último tramo del PRN y el primer período del gobierno de Alfonsín. Canelo explica que los militares se encontraban profundamente divididos entre “duros” y “politicistas”, pero, a la vez, intensamente unidos tras la justificación de la lucha anti-subversiva. Esta unión-desunión militar provocó que los conflictos internos se dirimieran por una sucesión de demostraciones de fuerza y de *putschs* que tienen como resultado la descomposición del poder arbitral (del que los militares gozaban tradicionalmente) en un poder meramente corporativo que, si bien es insuficiente para mantener a las FF. AA. en el gobierno, es lo bastante importante como para enfrentar airoosamente el repudio de la sociedad post-dictatorial. Con respecto al poder civil, Canelo aduce que, en 1983, la dirigencia partidaria estaba colapsada (aunque no se detiene sobre este punto), lo cual ayudaría a explicar la impericia demostrada en el momento de enfrentar al poder corporativo militar en sus intentos de garantizar su impunidad.

El artículo de Pucciarelli continúa la argumentación del de Canelo. Para Pucciarelli, es la ambigüedad de la política militar de Alfonsín la que provoca el “malestar” castrense que desemboca en el levantamiento de Semana Santa de 1987. A la vez, es esa misma ambigüedad la que permite que una importante porción de la ciudadanía se manifieste en favor de la democracia. En este punto, el gobierno radical se encontró ante una opción de hierro: profundizar el pacto incipiente con la corporación militar o desterrar a ese sector del proscenio político para iniciar un pacto democrático que reemplazase la trama corporativa inaugurada en los '70. Desde la óptica del autor, la decisión de Alfonsín de inclinarse ante una vanguardia del poder corporativo militar implicó una derrota expresada, en lo inmediato, por la desmovilización de una ciudadanía activa dispuesta a defender a la democracia y,

en el largo plazo, por el encorsetamiento —político, pero también económico— del poder civil.

La idea del encorsetamiento del poder civil es retomada en el trabajo de Mariana Heredia. La autora (que en un artículo anterior² se había detenido sobre la conformación de una suerte de bloque “liberal” conformado por empresarios y economistas) bucea en una de las “novedades” de los '80: la separación entre “lo económico” y “lo político”. Para Heredia, el rediseño de las fronteras de una y otra esfera está en estrecha relación con el ascenso de un conjunto de economistas y especialistas, caracterizados por su independencia partidaria y su saber “técnico” específico. El encumbramiento de este último grupo (en buena parte apuntalado por la tradicional concentración de poderes en el Ejecutivo que reemprendió el radicalismo) permitió una paulatina colonización del terreno político por parte de las concepciones neoliberales que, presentadas como portadoras de un contenido de verdad indiscutible, fueron naturalizadas con relativa rapidez.

La legitimación de las ideas neoliberales es también el objeto de estudio privilegiado por Gastón Beltrán. Beltrán parte de un interesante estudio de las corporaciones empresarias formales (UIA, UAC, SRA, ADEBA, ABRA...) para dilucidar cómo las dispares visiones sobre la economía nacional de las distintas fracciones de la burguesía terminaron unificándose tras un mismo discurso en los años noventa. Para el autor, si deseamos comprender la hegemonía alcanzada por el neoliberalismo, es fundamental tener en cuenta los puntos centrales que ayudaron a la convergencia de los sectores dominantes. En este sentido, Beltrán destaca que la generalidad del discurso neoliberal (que por su nivel de abstracción impidió que salieran a la luz las cuestiones que separaban a unos intereses empresarios de otros), su carácter aparentemente técnico (y por lo tanto supuestamente por encima de las banderías políticas) así como la sencillez de las propuestas implicadas (que prometían resultados en el corto plazo que

beneficiarían a la población en general) fueron de gran importancia para la formación de un bloque neoliberal durante los años ochenta. Sin embargo, advierte Beltrán, fueron los fracasos de los sucesivos planes económicos (especialmente el estrepitoso final del Plan Primavera) los que posibilitaron que ese bloque se montara sobre la argumentación modernizadora y eficientista de apariencia monolítica (pero que escondía en su seno profundas contradicciones de intereses) que se impuso en los noventa.

El trabajo de Gabriel Vommaro que cierra la primera parte del libro parece, en principio, algo desvinculado del hilo argumental del resto del volumen, pero se revela, a la postre, central. El objetivo del autor es presentar una reflexión sobre las elecciones de 1983 y dar cuenta, entonces, de algunas de sus novedades con respecto a los comicios anteriores. La primera derrota peronista en las urnas es el fondo sobre el que Vommaro traza con claridad ciertas innovaciones que se mostrarán fundamentales a lo largo de la década: el crecimiento de la importancia de las encuestas de intención de voto y la consecuente aparición de dos figuras que marcarán de allí en más el compás de otras elecciones: el “indeciso” y el “independiente”. Para Vommaro, el indeciso y el independiente tienen importancia en más de un sentido. Por un lado reafirman la trascendencia de los estudios de opinión en el trabajo político (que acabará reemplazando a la militancia por el marketing); por el otro, son estas dos figuras las que instalarán a los actos electorarios como “escenarios de incerteza” y como los auténticos momentos de lucha política. Pero, además de eso, el indeciso y el independiente son los principales componentes de “la gente” (democrática pero apartidaria) que terminará por sustituir completamente al “pueblo” (¿más partidario que democrático?) a fines de los ochenta. En efecto, la transformación del *demos* (de pueblo a gente) y el privilegio de los comicios por sobre otros tiempos de la política es quizás uno de los datos más salientes de la época del alfonsinismo y, por sobre todo, un antecedente que nos permite comenzar a comprender de qué modo se transformó “la cosa política” a fines del siglo XX.

2 Heredia, Mariana, “El Proceso como Bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA” en Pucciarelli, Alfredo R. (comp.), *Empresarios...*, op. cit.

La segunda parte de **Los años de Alfonsín** está abocada a dilucidar algunos de los aspectos político-económicos de los ochenta. Abre esta sección un trabajo de Ricardo Ortiz y Martín Schorr que analiza de modo sucinto los planes económicos del gobierno radical para demostrar que las tendencias prebendarias (y predatorias de la economía general) instauradas durante el PRN fueron continuadas —y en cierto modo legitimadas— durante el alfonsinismo. Para los autores, el contexto de estancamiento con inflación que caracterizó a la Argentina en el período 1983-1989 y la debilidad del gobierno (que lo llevó a pactar sistemáticamente para obtener la colaboración de los “capitanes de la industria”) son los ejes fundamentales para comprender por qué las distintas medidas impulsadas desde el Ministerio de Economía no hicieron más que favorecer a ciertas fracciones de la burguesía nacional, más específicamente a aquellos sectores que representaban al capital interno más concentrado.

La consolidación de un nuevo bloque de poder económico es también el tema abordado por Ana Castellani, quien retoma aquí una serie de conceptos y herramientas analíticas que había utilizado con anterioridad para estudiar el proceso de concentración en la cúpula empresaria durante el PRN.³ El presente trabajo de Castellani estudia el comportamiento de un grupo seleccionado de grandes firmas y analiza los diferentes mecanismos de transferencia de recursos desde la esfera pública a la privada que se desarrollaron durante la redemocratización. De la investigación pormenorizada del desempeño de distintas empresas, la autora extrae la conclusión de que las firmas que se vieron beneficiadas con determinados tipos de transferencias del Estado (sobre todo la promoción industrial y el establecimiento de precios diferenciados) y que estuvieron estrechamente vinculadas al complejo estatal-privado obtuvieron ganancias extraordinarias en “contextos privilegiados de acumulación”. Así, de acuerdo con la autora, la

tendencia a la concentración económica de un grupo de empresas que obtienen beneficios privilegiados como consecuencia del accionar del Estado que se había verificado en la dictadura no sólo se consolidó, sino que se expandió durante la transición a la democracia.

El libro continúa con un artículo de Julieta Pesce cuya meta es analizar la política económica del primer año del gobierno de Alfonsín, período durante el cual el radicalismo intentó encarar los desajustes económicos heredados del PRN recurriendo al “tradicional” enfoque “nacional-desarrollista” del modelo de sustitución de importaciones. El “fracaso de Grinspun” se explica, de acuerdo con Pesce, por una conjunción de factores, tales como la inhabilidad del gobierno en el lanzamiento de ciertas iniciativas fundamentales (el caso paradigmático es el de la reforma sindical) y la ruptura del Consenso de Cartagena; sin embargo, hay dos aspectos que serían claves: el hecho de que la estructura económica argentina realmente había sido transformada durante el PRN (formándose un “nuevo poder económico” con una enorme capacidad de presión) y la virtual miopía del ministerio de Grinspun para percibir los cambios acaecidos y generar, entonces, nuevas alianzas estratégicas para contrarrestar la hegemonía de esa cúpula financiero-empresarial. Según Pesce, Grinspun se encontró en un auténtico *cul de sac* y no tenía fuerzas (ni propias ni ajenas) para resistir el desarrollo de las transformaciones económicas neoliberales.

La “cuestión sindical” y la ausencia de alianzas estratégicas que señala Pesce son analizadas de cerca en el trabajo de Eugenia Aruguete. Para Aruguete, los tres actores principales del período (capital, trabajo y Estado) actuaron de modo corporativo (lo que era de esperarse), pero sobre todo (y esto fue lo definitivo) de manera cortoplacista. De acuerdo con la autora, fue este último rasgo el que impidió avanzar en una agenda político-económica de carácter estratégico que permitiese una recomposición salarial que no fuese carcomida por la inflación (lo que a su vez era un requisito para que el gobierno actuase sobre la economía en lugar de ser atropellado por ella).

Ortiz y Schorr cierran el libro con un interesante trabajo sobre la inflación permanente que caracterizó a los años del gobierno de Alfonsín y que terminaría acabando con él. Ortiz y Schorr aciertan al proponer una mirada política sobre la inflación que vincula su marcha con el devenir de las distintas pugnas de poder en las que el Estado ve cada vez más reducido su margen de acción. Los autores no sólo se detienen sobre las causas (incapacidad de generar crecimiento genuino, ante la falta de inversión provocada por la fuga de divisas, el servicio de la deuda y el reflujo de los capitales externos) y las consecuencias (la transferencia de recursos de una parte de la población a otra) de la inflación, sino que además repasan críticamente buena parte de los discursos sobre ella, para terminar presentando argumentos que contradicen el “relato oficial” que afirma que la hiperinflación de 1989 fue el último suspiro de una economía populista que, de todos modos, debía morir.

En conjunto, **Los años de Alfonsín** es un libro sólido cuyo principal objetivo es dar sustento a una línea de interpretación que sirva para poner en tela de juicio la lectura naturalista del relato neoliberal que —con distintos matices— ha venido afirmando el carácter “inevitable” y/o “saludable” de las reformas de los años noventa. Sin embargo, a modo de cierre, quisiéramos llamar brevemente la atención sobre un aspecto problemático de los argumentos desplegados por los distintos autores: la falta de tratamiento de la cuestión del poder político partidario. Hay varios artículos que parten de la idea de la incapacidad de los partidos (y de sus dirigentes) para afrontar la tarea de reconstrucción que la sociedad argentina requería para frenar o invertir las transformaciones iniciadas durante el PRN; aunque en principio este parece un diagnóstico acertado, haría falta algún trabajo que explicase las razones y el grado de esa incapacidad. Explicitar a qué nivel eran “incapaces” la dirigencia y las estructuras partidarias es central para entender hasta qué punto era inexorable (o no) el curso de los acontecimientos que llevaron una nueva fase de reformas regresivas y a la mayor fragilización del sistema democrático. Por otra parte, estudiar las razones y las características de esa incapacidad podría mostrar qué tipo

3 Castellani, Ana, “Gestión económica liberal-corporativa y transformaciones en el interior de los grandes agentes económicos de la Argentina durante la última dictadura militar”, en *Ibidem*.

de tareas deberían asentarse en la agenda político-institucional para iniciar un proceso que tenga como meta raer la trama liberal-corporativa que comenzó a hilvanarse treinta años atrás.

Sergio D. Morresi
UNGS-CONICET

*A propósito de Sheila Fitzpatrick, **La revolución rusa**, Buenos Aires, Siglo XXI (Colección Historia y Cultura), 2005, 237 pp.*

La editorial Siglo XXI acaba de editar por primera vez en castellano este clásico publicado originalmente en inglés en 1982, y reeditado en 1994 con cambios importantes. Si uno tiene en cuenta que la autora es una de las figuras más importantes del campo historiográfico a nivel mundial, la publicación de **La revolución rusa** se vuelve un evento digno de celebrar. Sheila Fitzpatrick —actualmente profesora en la Universidad de Chicago y una de las directoras de la prestigiosa revista **Journal of Modern History**— fue una de las historiadoras clave de la llamada “escuela revisionista” que desafió los preconceptos y estereotipos de la “escuela del totalitarismo” dentro de la soviología norteamericana, y es hoy, probablemente, la persona más influyente dentro del campo de la historia rusa a nivel mundial.

En un tono de divulgación y con notable capacidad de síntesis, el libro de Fitzpatrick presenta una serie de hipótesis interpretativas acerca de la revolución rusa, tan sugerentes como bien fundadas en las propias investigaciones de la autora y en las de la bibliografía reciente. La argumentación lleva al lector permanentemente del escenario específico ruso al de la naturaleza general de las revoluciones modernas. Lo primero que llama la atención es la hipótesis central referida a la periodización, según la cual la revolución rusa es el proceso histórico que se desarrolla entre 1917 y mediados de los años '30. Así, 1917 y la “revolución desde arriba” de Stalin aparecen como parte del mismo proceso (independientemente de lo que uno pueda opinar acerca de las similitudes y diferencias de los dos momentos), toda vez que una revolución se define como el

período de trastornos que media entre la caída de un orden y el establecimiento de uno nuevo (p. 14). Interpretando la NEP como un período de quietud momentánea entre dos vendavales, el verdadero “Terminador” se ubica luego del Primer Plan Quinquenal, cuando se trocan los valores revolucionarios e iconoclastas del pasado por el apego a un nuevo orden, una nueva autoridad, y una nueva tradición. Aunque Fitzpatrick tenga una visión claramente desencantada respecto del cambio radical (“terminar en desilusión y decepción está en la naturaleza de las revoluciones” [p. 20]), la hipótesis de la continuidad entre Octubre y el Primer Plan Quinquenal se construye a partir de una argumentación más pragmática que ideológica. En efecto, la intención de la autora no es demostrar que 1917 conducía inevitablemente a Stalin —como sostenía la soviología clásica— sino comprender el ciclo completo de la revolución. En este sentido, Stalin aparece claramente como aquél que *cierra* el proceso abierto en febrero de 1917, antes que como su continuador. En una de las hipótesis más provocativas del libro, Fitzpatrick reflexiona acerca de los modos en que se ha puesto final a las revoluciones modernas. A diferencia de casos anteriores, Stalin halló la forma de *acabar* con el proceso revolucionario sin repudiarlo. ¿Cómo? Declarando que la revolución había finalmente *triunfado* (y que era hora, por ello, de “volver a la normalidad”). Es así que la retórica oficial instaurada a mediados de los años '30 anunció el éxito en la implantación del “socialismo”, presentando al mismo tiempo una distinción entre esa etapa supuestamente victoriosa y la del “comunismo” aún por venir, para sortear así la incongruencia entre la realidad de la URSS de entonces y los pronósticos iniciales del marxismo —por ejemplo, el hecho de que el Estado parecía lejos de estar extinto (pp. 190-96).

La narrativa del proceso histórico así recortado está organizada a partir de una tensión fundamental que es, al mismo tiempo, otra de las hipótesis fuertes del libro. Si la revolución es, por un lado e indudablemente, fruto de los anhelos emancipatorios de los trabajadores, por el otro no dejó de ser por ello entendida como un medio para salir del atraso y alcanzar la “modernización”. Ahora bien: no

va de suyo que los imperativos de la modernización (especialmente el desarrollo económico y la industrialización) puedan coincidir con los de la libertad y la igualdad; de hecho, ambos han sido más bien antagónicos a lo largo del siglo XX en la mayor parte del mundo. El marxismo, en este sentido, habría funcionado en Rusia y en otros países como una “ideología de la modernización”, más que como una de la emancipación (p. 21). Fitzpatrick presenta evidencia difícil de refutar, especialmente cuando sostiene —correctamente— que el motivo del acercamiento inicial de Lenin a aquella tradición de pensamiento reside en que había hallado en ella argumentos en favor de la modernización económica (incluso si era capitalista) contra el populismo imperante, que tendía justamente a rechazar el desarrollo capitalista para preservar el igualitarismo y las tradiciones de autogobierno presentes en el pueblo ruso. Después de todo, la primera obra de largo aliento escrita por Lenin, **El desarrollo del capitalismo en Rusia** (1899), es una larga celebración de la destrucción del “idiotismo rural” (para ponerlo en términos de Marx) a manos del capitalismo (p. 41). Si a esto uno agrega, como Fitzpatrick, una comparación con los usos de las ideas de Marx predominantes en China e India (y podríamos sumar el África negra), la hipótesis según la cual el marxismo fue utilizado en el siglo XX para legitimar programas de modernización —junto con los Estados fuertes que pudieran encararlos— queda suficientemente probada. La ambivalencia de los usos del marxismo y del socialismo en general como ideologías emancipatorias pero *también* modernizadoras constituye un aporte central del libro. Por momentos, sin embargo, la autora extrema la argumentación de modo tal que pierde el justo balance. Por ejemplo, cuando distingue entre un componente igualitarista que sería propio de la revolución como fenómeno popular, y un componente modernizador monolíticamente encarnado por Lenin y sus seguidores. Así, a través de este par binario claramente recortado, Fitzpatrick argumenta que, en realidad, los bolcheviques originalmente no tenían la idea de hacer una revolución igualitaria, libertaria, utópica, y que fue la dinámica de la revolución la que los hizo ser “esporádicamente” igualitaristas, libertarios,